

PREFACIO A LA EDICIÓN ESTADOUNIDENSE DE
LA COMUNIDAD DESMENTIDA*
 Preface to the US edition of *The Disavowed Community*

Jean-Luc Nancy
 Universidad de Estrasburgo
 instantesyazares@yahoo.com.ar

Resumen: Este texto es la traducción al español del prefacio a la edición estadounidense del libro *La communauté désavouée*, publicado en Francia en 2014. Se trata de una reconsideración de la discusión tenida hace treinta años con Maurice Blanchot en torno al concepto de comunidad, a la luz de la profundización de la pérdida del sentido de la política en manos del fracaso del comunismo llamado “real” y de la fachada democrática tras la cual opera el poder económico mundial. El autor sugiere poner en cuestión la dimensión excepcional en que Blanchot plantea la “comunidad” y que daría lugar a un fundamento no-político, hiperpolítico o metapolítico de la instancia política.

Palabras clave: **comunidad / Blanchot / fundamento político**

Abstract: This text is the Spanish translation of the preface to the US edition of Nancy’s *La communauté désavouée*, originally published in France in 2014. It is a rethinking of the discussion held thirty years ago with Maurice Blanchot concerning the concept of community, in light of the deepening of the loss of meaning of the political due to the failure of the so-called “real” communism and the democratic façade behind which operates the world’s economic power. The author suggests calling into question the exceptional dimension in which Blanchot lays out the “community”, for it would open the way for a non-political, hyperpolitical or metapolitical foundation of the political instance.

Keywords: **community / Blanchot / political foundation**

* La traducción y publicación de este prólogo ha sido autorizada por su autor. La obra de Nancy, *La communauté désavouée* fue publicada en Francia en 2014. De acuerdo al *Trésor de la Langue Française informatisé* (TLFi), el término *désavouée* es el participio del verbo *désavouer*, que cubre dos campos semánticos principales. Por una parte, el rechazo a brindar la aprobación a algo o a reconocerlo como verdadero. En este sentido, puede vertirse al español como “desaprobar”, “condenar”, “revocar”, “denegar” y “rechazar”, entre otros. Un segundo sentido ejerce un pequeño pero decisivo desplazamiento: se trata del rechazo a reconocer algo como propio. De esta acepción, se desprenden las traducciones como “desmentir”, “renegar”, “desdecir(se)”, “retractar(se)”. Si bien en la p. 128 de *La communauté désavouée* Nancy indica que su “désavouer” no se opone al “avouer” (“confesar”) que anida en la comunidad “inavouable” (inconfesable) de Blanchot, sino que refiere al primero de los sentidos aquí invocados, el término no escapa a la oscilación y, teniendo en cuenta quién la escribe, no pretende hacerlo. Al elegir una traducción posible para este término difícil, que titula una intervención difícil en el campo intelectual al que Nancy pertenece, nos hemos decidido por el término “desmentida” esperando sólo que éste sostenga algo de ambas acepciones mencionadas. Para la fecha de publicación de este texto, el libro de Nancy ha sido traducido al español dos veces: *La comunidad revocada*, tr. Luis Felipe Alarcón, Buenos Aires, Mardulce, 2016 y *La comunidad descalificada*, tr. Cristina de Peretti y Cristina Rodríguez Marciel, Madrid, Avarigani, 2015. [N. de la T.]

Si hay un *work in progress* en la filosofía contemporánea es, sin dudas, el trabajo acerca de la comunidad: acerca de lo común, el comunismo, el comunitarismo, el ser-en-común, el ser-con, el ser-juntos o incluso el “vivir-juntos” que hoy en día designa de manera patética y quizás hasta ingenua la preocupación de una sociedad shockeada por los ataques que la condenan en su ser mientras que al mismo tiempo ella se siente insegura y preocupada por sí misma. Hablo aquí de la sociedad europea, pero la sociedad de las dos Américas y aquellas de otros países del mundo que pretenden ser democráticos están asimismo atravesadas de dudas. El conjunto del mundo occidental ha creído que progresaría hacia la posibilidad de una existencia común de derecho, de libertad, de igualdad. Ha creído que esa palabra, “democracia”, era su propio fundamento. Lo alentaba el hecho de que lo que fue llamado “comunismo” se había revelado no fundado sino impuesto por una voluntad no menos dominante que la del imperialismo que ya se había apoderado de gran parte del mundo.

El comunismo llamado “real” se derrumbó por haber apostado casi exclusivamente a la potencia militar y la dominación de una ideología agotada. La democracia se muestra cada vez más como la fachada detrás de la cual opera un poder económico que controla los verdaderos órganos de mando. La política ha perdido así el más claro de sus sentidos.

En 1983 estábamos aún lejos de un diagnóstico así de severo. Sin embargo, estábamos ya lo suficientemente preocupados por el sentido mismo de lo que se llama “política” y por el sentido que era posible dar a toda la familia semántica de lo “común” si se abandonaba el comunismo soviético a su suerte y el comunismo espiritualista o fascista a la suya. La palabra “comunidad”, en aquel momento poco presente en el vocabulario político, ético y filosófico, resurgió como el signo de dicha preocupación. Como una pregunta: ¿cómo pensar la comunidad?

De entrada, era necesario no pensarla como una sustancia, como una entidad propia y autónoma. Ni bajo la forma de un dato natural (pueblo o nación pensados como raza o linaje), ni tampoco al modo de una obra a realizar, de un monumento a sí misma tal como la evocan todos los Palacios nacionales, las Ciudades prohibidas, los Capitolios, los Kremllins y todas las imágenes de una esencia del ser común (*res publica*) como las representaciones y símbolos en los que cada “nación” se esfuerza por proyectar su supuesta identidad. Sobre todo, era necesario no concebir una totalidad –dado que el término “totalitarismo” constituía el estigma de todo aquello que había puesto en peligro la democracia.

Para algunos, no era menos necesario pensar esta democracia de una manera distinta a la de su forma legalista, representativa –y liberal en un sentido cuyo valor económico mayormente absorbía y disolvía el antiguo valor ético. El “fin del comunismo” no significaba en absoluto el fin de los deseos o esperanzas consejistas (es decir, literalmente soviéticas), “autoges-

tionarias” de diferentes tipos o incluso anarco-sindicalistas, para emplear una terminología antigua. De muchas maneras se podría decir, retomando de nuevo un término un poco obsoleto, que un pensamiento libertario confrontaba con un espectacular ascenso liberal.

Los pensamientos que deseaban situarse en un espacio diferente al de esta confrontación tenían que ver o bien con un análisis de la democracia como principio regulador de un ejercicio del poder que impidiera a éste la apropiación tanto simbólica como práctica (Claude Lefort), o bien con intentos de designar una dimensión simbólica completamente diferente –pero igualmente destinada a realizarse– de la política. Es así que algunos hablaron entonces del modelo imperial (no en el sentido del “imperio” de Hardt y Negri) en el sentido de un más allá de las nacionalidades, mientras que otros insistían de múltiples maneras sobre las formas o los momentos de “poder constituyente” o bien de “revuelta” o de “surrección”, privilegiando el tiempo de la sublevación por sobre el del cumplimiento.

Maurice Blanchot se halló, como a pesar suyo, arrastrado a esto, a menos (¿cómo decidirlo?) que sólo sobre este campo se haya sentido adecuadamente llamado a dar un paso adelante y pronunciarse. Mucho tiempo atrás él se había pronunciado acerca del comunismo, reconociendo a esta palabra, por un lado, un incontestable valor de exigencia pero asignándole de inmediato otra exigencia: la de sustraerse a toda forma de institución.

Cuando publiqué en 1983 un texto intitulado “La comunidad desobrada”, el uso de una palabra comprendida claramente en su sentido blanchotiano (“escapando a la obra” y no “en ausencia de obra”) no podía sino llamar su atención, tanto como el recurso a los análisis de Georges Bataille. Él respondió a través de un libro en cuyas últimas líneas se sitúa claramente el argumento principal: para que haya “desobra” hace falta una obra. De hecho, en su pensamiento de la literatura, la desobra se abre y se juega en la obra, por ella y *a partir* de ella en todos los sentidos de la expresión.

¿Cuál es, entonces, la obra a la cual reenvía ese libro? Es la obra de una política más allá de toda política no sólo instituida sino incluso instituable, la obra de una ultra-política que el libro define como “no excluyendo nada”. Una hipérbole semejante lleva a la política hacia un fundamento mítico o espiritual del cual podría decirse que es algo así como el reverso exacto de la ausencia de fundamento identificable al cual reenviaban los pensamientos evocados con anterioridad.

Para intentar una aproximación en términos cercanos a dichos pensamientos, podría decirse que Blanchot se inclina por una jerarquía anárquica, dando a cada una de estas palabras su peso: una potencia sagrada desprovista del poder de mando. En el fondo, esto podría ser –me doy cuenta ahora– una versión de lo que Pierre Clastres hace muchos años había expuesto bajo el nombre de “la sociedad contra el Estado” y había puesto bajo el signo de la “pala-

bra luminosa”^{*} –palabra fundadora o mantenimiento hablado del grupo a través de la repetición de un relato fundador.

En ciertos aspectos, la comparación no es aberrante, sobre todo en lo que concierne al relato fundador. Blanchot emprende algo comparable al realizar una lectura forzada del relato de Marguerite Duras, continuado en una interpretación crítica. Por otro lado, la comparación se termina allí donde Clastres habla de “sociedad” pues Blanchot descarta la sociedad, todas sus instituciones, sus leyes, su organización. Para él se trata de rastrear un pensamiento de la “comunidad” del lado del amor y más precisamente de un amor cuyo goce es incompartible [*impartageable*], incompartido [*impartagé*] y “se escapa esencialmente”. Escapa a toda institución, a toda forma de consistencia comunitaria.

La comunidad tiene lugar más allá o más acá de ella misma, en una dimensión excepcional, sublime, cuya realidad de ficción no impide que pueda hablarse de sus “consecuencias políticas”. Sin embargo, éstas quedan completamente indeterminadas en el espacio del libro que las evoca.

Ese libro se tensa entre una política totalmente exclusiva (totalidad sin límites...) y una política sólo designada por la negativa o en la espera indefinida (aunque con capacidad de presión, si se percibe correctamente el tono). Esta tensión no puede ser sino también la extensión del propio libro, de su escritura que se ocupa ella misma de reescribir un relato en cuya interpretación descubre el don y la sustracción simultáneas de un “inconfesable”: lo que no puede decirse de un goce en tanto que se escapa, asimismo lo que no puede decirse ni instituirse de un “común” que no puede tener valor más que escapándose de sí.

Una “relación sin relación” funda, pues, fuera de toda ley la posibilidad de lo que permite una asociación según las leyes. En un sentido, o en varios, he allí una versión purificada del fundamento de la política fuera de ella, en un cielo, en un espíritu o en una destinación superior. Puede tratarse de cualquier figura o no-figura que se quiera –divina, mítica, del pueblo o de lo “neutro”– pero se trata por fuerza de una instancia que es preciso calificar de no-política, hiperpolítica o metapolítica. La literatura misma, ¿por qué no?

Tal es, en efecto, nuestra situación, que la política no sabe ya lo que es, lo que puede y lo que debe ser, ni, en consecuencia, cuál es su lugar ni, más grave aún, cuál es su naturaleza. La democracia no puede ser “estimada” (la palabra es de Blanchot) porque no ofrece nada que amerite una apreciación diferente a la que puede atribuirse al *management*. Un fundamento superior, sublime, una suerte de politología negativa o mística a instancias de la teología, he allí lo que clama por una estima propiamente superior.

* Nancy se refiere al título de dos obras de Pierre Clastres: *La Société contre l'État. Recherches d'anthropologie politique*

Que dicho libro de Blanchot es testimonio de una profunda fidelidad a sus aspiraciones más antiguas es algo, a mi entender, indudable, pero no es lo más importante y, por lo demás, no significa que sea apropiado tratarlo de “fascista” (eso sería algo demasiado simplista). Lo más importante es que nos proporciona una imagen particularmente fuerte de nuestra situación común hoy en día: “común” en el sentido de un común desconcierto y de un común –demasiado frecuente– uso indiscriminado de la palabra “política”.

Era 1983, pero si nadie ha estudiado este texto durante treinta años es simplemente porque siempre todo el mundo creía saber más o menos lo que “política” quería decir, y lo que la política debía y podía hacer. Ahora creemos cada vez menos...

No diré más nada acerca de ello para presentar las circunstancias en que se originan los textos sucesivos que han dado lugar al presente libro. Philip Armstrong lo hace de manera excelente en su introducción. Sólo añado toda mi gratitud por su trabajo de traducción, tan preciso, atento y exigente –valiente, podría decirse también, ante un texto que resulta muy complejo, incluso tortuoso por el hecho de comentar, en toda su extensión, otro texto que, a su vez...

Traducción: Noelia Billi